The book cover features a central white text box set against a background of a tunnel with jagged, black, saw-toothed walls. The walls are colored in a vibrant yellow-green. At the top and bottom of the tunnel are large, black, circular shapes with sharp, pointed edges, resembling stylized suns or portals. The floor of the tunnel is white and covered with a pattern of small black dots. In the middle of the tunnel, a man with a wide-eyed, terrified expression sits on a wooden chair. He is wearing a white shirt and dark pants. The walls of the tunnel are decorated with numerous black skulls, each with a white triangle on its forehead. The overall style is graphic and high-contrast, using a limited color palette of black, white, yellow-green, and red.

Siete relatos mayas de terror

TRANSCRIPCIÓN, EDICIÓN Y REESCRITURA:
Berenice Granados Vázquez

ILUSTRACIONES
Andrés Mario Ramírez Cuevas



Siete relatos mayas de terror



Catalogación en la publicación UNAM.

Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

NOMBRES: Granados Vázquez, Berenice, 1981- , editor. | Ramírez Cuevas, Andrés Mario, ilustrador.

TÍTULO: Siete relatos mayas de terror / transcripción, edición y reescritura de Berenice Granados ; ilustraciones, Andrés Mario Ramírez Cuevas.

OTROS TÍTULOS: 7 relatos mayas de terror.

DESCRIPCIÓN: Primera edición. | Morelia, Michoacán : Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Estudios Superiores, Unidad Morelia, Laboratorio Nacional de Materiales Orales, 2022. | Serie: Zango zango sabaré. | “Los relatos que figuran aquí fueron documentados en los pueblos Nuevo Durango, Cobá y Punta Laguna en Quintana Roo” -- Nota al libro.

IDENTIFICADORES: LIBRUNAM 2173771 (impreso) | LIBRUNAM 2173774 (libro electrónico) | ISBN 9786073069168 (impreso) | ISBN 9786073068055 (libro electrónico).

TEMAS: Cuentos de terror mayas -- Traducciones al español.
| Relatos -- Quintana Roo. | Mayas -- Folclore.

CLASIFICACIÓN: LCC PM3968.82.E7.S54 2022 (impreso)
| LCC PM3968.82.E7 (libro electrónico) | DDC 497.4—dc23

Esta publicación forma parte de la colección de libros infantiles Zango zango sabaré del Laboratorio Nacional de Materiales Orales, financiado por la Universidad Nacional Autónoma de México y el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

Primera edición: octubre de 2022

D.R. © Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán,
04510, Ciudad de México, México.
Laboratorio Nacional de Materiales Orales,
Escuela Nacional de Estudios Superiores,
Unidad Morelia, Antigua Carretera a Pátzcuaro 8701,
Colonia Ex Hacienda de San José de la Huerta,
58190, Morelia, Michoacán.

ISBN volumen electrónico: 978-607-30-6805-5

ISBN colección electrónica: 978-607-30-3318-3

Diseño de colección: Andrés Mario Ramírez Cuevas

Ilustraciones: Andrés Mario Ramírez Cuevas

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

La edición del texto para su difusión escrita fue realizada por Berenice Granados Vázquez.

La intervención final del texto y las tareas editoriales estuvieron a cargo de Quetzal Mata Trejo.

Hecho en México

Siete relatos mayas de terror

TRANSCRIPCIÓN, EDICIÓN Y REESCRITURA:

Berenice Granados Vázquez

ILUSTRACIONES:

Andrés Mario Ramírez Cuevas

Nuevo Durango, Cobá y Punta
Laguna, Quintana Roo, México

UNAM-ENES MORELIA

2022



Nota al libro

Los relatos que figuran aquí fueron documentados en los pueblos Nuevo Durango, Cobá y Punta Laguna en Quintana Roo, por Berenice Granados y Santiago Cortés en 2013 y 2014. Fueron narrados por María Cruz Poot Dzul, Isidro Uicab, Arsenio Hau, Marcelino Poot Dzul, Nicolás Canché Camal y Manuel Trinidad Poot Dzib. Son relatos que forman parte del imaginario de los pueblos mayas y tienen una característica en común, son de terror.

Fueron transcritos, editados y, en alguno casos, reescritos por Berenice Granados. Se recomienda la lectura de los mismos en compañía de un adulto.

1. El chiclero y Juan del Monte

Cuenta mi abuelito también de un chiclero, un chiclero que cada año iba al chicle, pero sacaba muy poco, no sacaba mucho como los demás chicleros que sacaban a veces hasta diez kilos, veinte kilos diarios; él nada más sacaba tres o cuatro kilos de chicle diarios. Pues dice que le dijo uno de esos señores:

—¿Por qué no te vendes a Juan del Monte para que te ayude?, dice.

—¿Pues quién es ese Juan del Monte?

—Pus es el dueño del monte. Di que lo deseas ver y que quieres trato con él, a veces hasta veinte kilos de chicle vas a sacar o hasta más.

“¿Será cierto lo que dice este señor?” Pus empezó a desear verlo. Cuando oyó que estaba chillando una persona muy cerca de donde él estaba chicleando, empezó a llamarlo, le pidió que fuera.



—¿Quién eres?— le dice.

—Soy una persona, oye, ¿tú me estás deseando de ver?

—Es usted.

—Sí, soy el que te platican.

—Pues, oye, sí existes.

—Vamos a hacer un trato, si quieres. No te voy a dar solo veinte kilos de chicle, vas a buscar tres ayudantes para que te ayuden de tanto que te voy a dar, que te carguen el chicle. A cambio de eso solo tendrás cinco años más de vida.

Bueno, pues hizo trato con el Diablo, lo firmó. Así tuvo ayudantes. Y cuando lo vieron los demás, decían: “¡Pero cuánto chicle trae!” Llenaba todos los recogedores de chicle, llenos diario, empezó a trabajar muy bien entonces.

—Pues nada más cinco años, cinco años, allí termina nuestro trato.

Le dijo el Diablo.



Pasados los cinco años, dicen que estaba chicleando el pobre en lo más alto, cuando se rompió su sogá, entonces se murió. Pero cuando eso pasó, pues ya era rico, su esposa, sus hijos, todos ricos. Al final fue su esposa quien aprovechó el dinero. Así es el cuento del Diablo, de ese Juan del Monte.

Marcelino Poot Dzul
Nuevo Durango, Quintana Roo



2. La Xtabay y el muchacho

En aquellos tiempos había un poblado donde vivían quince o veinte familias, entre ellas había una familia que tenía un hijo, el muchacho todo el tiempo estaba en la milpa con su papá, todo el día, hasta entrada la tarde regresaba a su casa. Una vez que estaba regresando, había una ceiba en el camino, vio una persona parada justo bajo la ceiba, era una mujer. Él se asustó, pero se acercó, quería verificar que se trataba de una mujer. La mujer estaba de espaldas, no miraba de frente, el muchacho pasó de largo y se fue a su casa.

Al día siguiente, cuando fueron otra vez, el papá iba por delante, el muchacho la vio otra vez. Después le contó a su papá:

—¿Papá, viste la señora que estaba en el árbol?

—No.

Pus, dice él:

—Sí vi una persona, pero no vi su cara porque estaba de espalda.

—¡Ah!, creo que es una fastasma, no debes de atrasarte mucho, camina cerca de mí.

Dijo su papá.



Cuando llegaron a su casa, el muchacho salió a ver a sus vecinos. Había una muchacha que vivía al lado y le gustaba mucho. Él platicó con sus papás, les pidió que fueran a pedir su mano, pero el papá se negó, pues todavía no era la hora, el muchacho todavía no tenía edad para casarse. Pero el muchacho sólo pensaba en su vecina. En uno de esos días que fueron a la milpa, el papá se adelantó de nuevo, él caminaba atrás; cuando llegó donde está la ceiba, se sentó a descansar, entonces vio que estaba viniendo una mujer en el camino: ¡era la muchacha que le gustaba, su vecina! En realidad era una fantasma, era Xtabay. Entonces le habló:

—¿A dónde vas?

—Vine a verte.

—Ah sí, ¿pus dónde viniste o qué?

—Vine aquí a verte. Mi papá quiere hablar contigo.

Dice la muchacha.



Entonces el muchacho se fue atrás de ella. Ve que está yendo, está yendo, está yendo y entró en una cueva, él la siguió. Vio que era una cueva grande, estaba bonita, tenía pilares la cueva. Llegó hasta donde estaba una mesa, vio una persona sentada en la mesa. La muchacha le dijo:

—Este es mi papá.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

Entonces el padre se encontró con el muchacho:

—¿Y qué quieres, muchacho?

—Pues vine a verte para ver si me puedo casar con tu hija.

Entonces el señor dijo que no.

—Si te quieres casar, tienes que hacer una prueba, para ver si podrás mantener a mi hija. ¿Qué tal si no puedes mantenerla?

—Pues sí, ¿qué prueba?

—Pues mira, es fácil, me tienes que traer una calavera, un cráneo, mira, como estos.

Entonces, vio el muchacho que atrás del señor había muchas calaveras de personas

—Esto es lo que me debes traer.

—¿Pero dónde la voy a buscar?

—¿Pues dónde más? En el cementerio.

—¿Pero cómo voy a ir?

—Te voy a decir cómo.



Entonces el señor dijo que era la hora, y le dio una cosa al muchacho:

—Debes girar con él, cuando giras con eso te conviertes en un perro, un chivo, un venado, o lo que quieras.

Entonces el muchacho lo tomó y salió.

El muchacho giró con el objeto y se convirtió en perro, así se fue a buscar las cabezas al cementerio. Entonces entró al cementerio y escarbó una tumba, sacó una cabeza y la tomó con el hocico.

Entonces cuando llegó con la calavera, dijo el señor:

—Ya cumpliste, pero todavía falta, hay otra prueba.

Tienes que traer tres cabezas.

Mientras el muchacho estaba en la cueva, su padre estaba muy preocupado, había desaparecido, no lo encontraban:

—¿Dónde está?, ¿dónde se metió?, ¿dónde se fue?



El muchacho seguía en la cueva. De día estaba en la cueva, de noche salía a buscar las calaveras. Entonces la gente que vivía cerca del cementerio vio que alguien escarbaba para sacar los huesos. Empezaron a vigilar más de cerca para cazar al ladrón, rodearon el cementerio, como en ese tiempo había luna llena, vieron como a las diez, a las once de la noche, que estaba viniendo un perro, el perro se brincó la barda, se metió en el cementerio y empezó a escarbar las tumbas. Mientras estaba escarbando las tumbas, las personas le dispararon. El perro salió corriendo, se fue, y entro otra vez a la cueva, ya no pudo llevar nada, solo la herida, los balazos que tenía en su brazo. Entonces, cuando pudo llegar hasta el fondo, la mesa ya no estaba y el señor había desaparecido. Salió de la cueva, giró otra vez y se convirtió en una persona. Empezó a caminar rumbo a su casa. Cuando llegó, su papá lo recibió, estaba malherido y poco después murió. El papá dijo que el muchacho le había contado todo lo que vio: la mujer bajo la ceiba, la cueva con la mesa, el señor. Cuando murió, poco después su papá lo vio bajo la ceiba, pero no es él, es su espíritu: Xtabay se había llevado el espíritu del muchacho. Entonces el papá del muchacho se quedó triste, muy muy triste.

Nicolás Camal Canché
Cobá, Quintana Roo



3. El espíritu de mi hermano

Antes que muriera mi hermano, vivíamos todos en la casa de mis papás. Al fondo estaba la hamaca de mi hermano, luego la de mi abuelita y al final la de mis papás, la hamaca de ellos estaba más lejos. De un momento a otro escuché que movieron la bicicleta, a la entrada de la casa empezaron a sacudir la bicicleta, era media noche, me pareció muy extraño, le hablé a mi hermano, le pregunté:

—¿Diego? ¿Diego?

Y escuché que mi hermano hablaba desde donde estaba la bicicleta, pero su cuerpo estaba sobre la hamaca, dormía. Creo que salió su espíritu y empezó a mover la bicicleta. Seguían sacudiendo la bicicleta. Le dije:

—Diego, Diego, ¿qué haces?



Me levanté de la hamaca y fui hasta donde mi hermano dormía, yo seguía llamándole. Su cuerpo dormía sobre la hamaca, trate de despertarlo para que viera, pero él me contestó desde donde estaba la bicicleta. Me dio mucho miedo. Regresé a mi hamaca y apreté los ojos hasta que me dormí.

Es verdad. Me preguntaba: “¿por qué le pasó eso?” Le conté a mi mamá, se lo platicué, ella no sabía. Pasaron los meses, después de un tiempo mi hermano murió, lo mataron: fueron de cacería y le dispararon sin querer. Yo creo que por eso le pasó, por eso se salió su espíritu. No son cuentos, son realidades que yo he visto, cosas que le han sucedido a nuestra familia.

María Cruz Poot
Punta Laguna, Quintana Roo



4. El *huay* y las chamacas

El *huay* también es persona, se convierte en perro, gato. Ese sí te mata. Una vez fuimos a visitar a la familia de mi hijo, allá cerca de Carrillo Puerto, su esposa es de allá. Me dijo:

—Papá, vamos a visitar a mis suegros, vamos a ir mañana, me dijo.

Entonces fuimos allá, llegamos con la familia, estuvimos tres días con ellos y volvimos, pero tenías que caminar, en esa época tuvimos buena suerte: para ir sí caminamos, pero para regresar no. Entonces esperábamos el camión en una parada, teníamos sed, nos habíamos acabado el agua. A nuestro lado se encontraba un señor, le dije:

—¿En este *chan* pueblito que está aquí no hay nadie? Queremos agua, pero no hay a quién pedirle.

—De antes estaba habitado, pero ahorita ya lo abandonaron. Mire, ahí hay un pozo con una sogá, cualquier persona que quiere tomar agua solo jala el agua y la toma, pero no hay personas.

—¿Y dónde fueron las personas?

—Pues dejaron el pueblo porque había un *huay*, pero ya lo mataron. Era una familia: la mujer y el esposo, la esposa y el esposo se convertían en *huay* y perjudicaban a las otras familias.



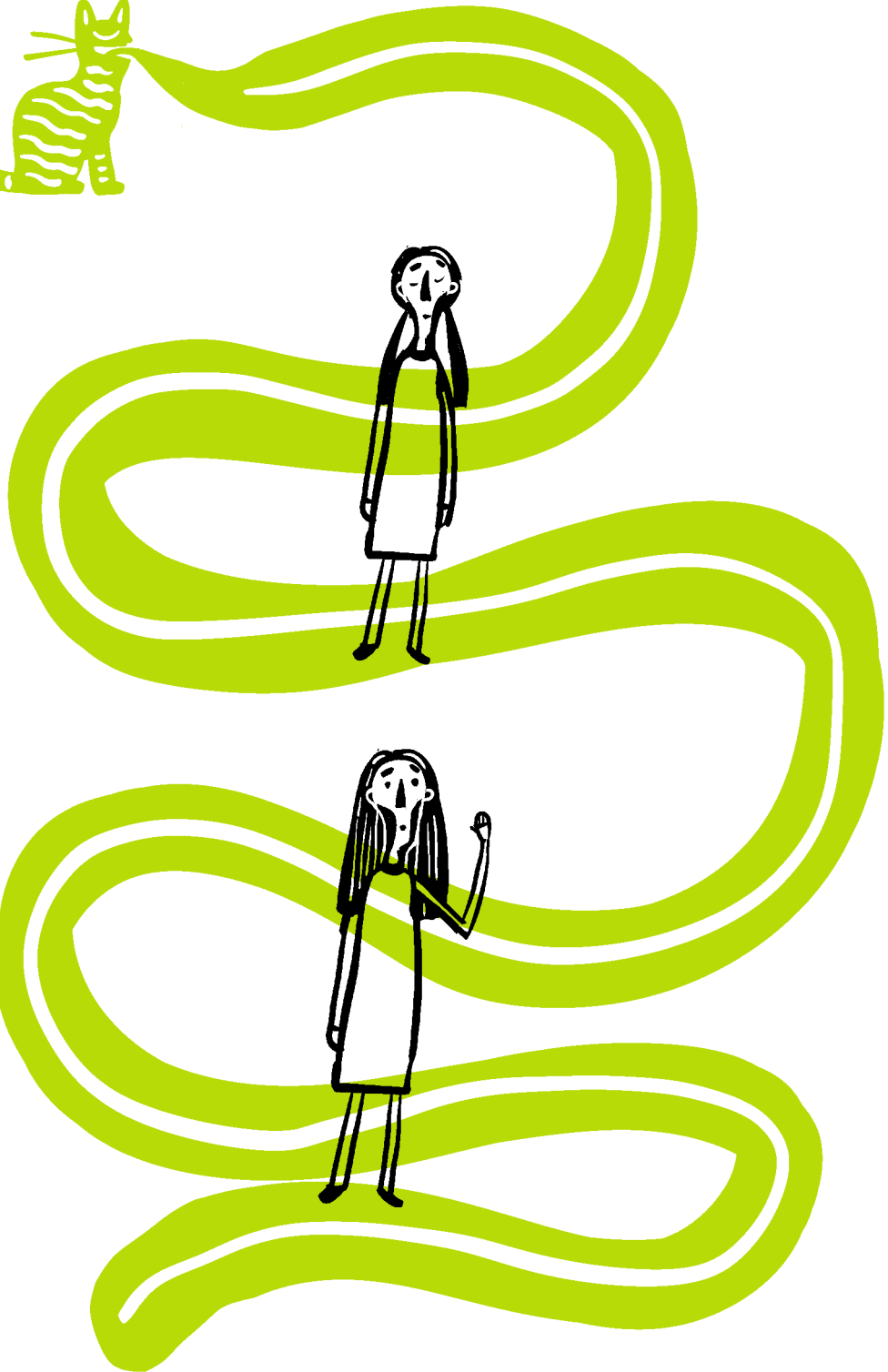
—¿Pero pues qué les hacían a las familias?

—Los comían. Fíjese, cuando llega el *huay*, si la víctima es mujer, le mete el sueño y no despierta; entonces el *huay*, como es animal, empieza a lamer a la muchacha. Aquí en el pueblo había dos muchachitas, una de quince años y otra de dieciocho años, el *huay* las lamía todas las noches. Las niñas solo se iban poniendo cada vez más delgadas. Una vez fueron con un señor que saca suerte, pues les sacó su suerte, dijo que esas muchachas se iban a morir ya, porque estaban muy pálidas, sin sangre, muy flaquitas. Esos *huay* hacen eso: lamen y chupan la vida. Si es varón la víctima, la mujer *huay* lo hace, si son chamacas el *huay* hombre lo hace. El señor que saca las suertes le dice al papá de las niñas:

—¿Sabe? Las chamacas se van a morir, porque un *huay* las está lamiendo, dice.

—¡Señor! ¿Cómo le vamos a hacer entonces?

—¿Sabe? Hay un secreto, les voy a dar el secreto, les voy a dar la bala de una carabina, porque no cualquier bala puede utilizar eso, porque el *huay* es malo, es diablo esa persona, se convierte en animal y va a practicar cosas malas. Pero tienen que espiarlo. Mira, vas a poner la ropa de tu esposa al revés, la pones y te quedas a vigilar, ese es el secreto para que no te dé sueño.



Entonces así hizo el señor. Se preparó, se puso con su hijo a espiar al señor. Como a las dos de la mañana vinieron estos *huay*, entraron confiados, no sabían que tenían el secreto para no dormir. Entonces el padre les disparó. Ambos salieron corriendo, la mujer *huay*, apenas llegó a su casa, cayó muerta. El señor *huay* no se murió, nada más se le quebró una pierna. El *huay* todavía vive allí, pero no sale, se quedó cojo, usa una muleta. Ese señor anda con su muleta. Dicen que a la *huay* no la enterraron en el cementerio, en el panteón, sino atrás del panteón; la enterraron ahí porque fue mala. Allá la enterraron.

Así nos platicó el señor.

Marcelino Poot Dzul
Nuevo Durango, Quinta Roo



5. La novia *huay* chivo

El *huay* chivo dicen que es real. El *huay* chivo puede ser hombre o mujer. Dicen que ellos andan de noche, van al cementerio, comen a los difuntos, sacan la carne, no son humanos, el *huay* chivo come humanos.

Había un señor aquí del pueblo que tenía su novia, y su novia era *huay* chivo, ¡era *huay* chivo! Un día lo llevó consigo, lo metió por un camino y atravesaron la selva hasta llegar a un claro, allá lo amarraron dos mujeres y comenzaron a lamerlo, le chuparon la vida. Cuando terminaron lo abandonaron ahí amarrado. Al día siguiente regresaron a verlo, la novia *huay* chivo le tuvo lástima y lo soltaron, pero él ya no tenía fuerza, se murió, no vivió. Ese señor murió, la *huay* chivo lo mató. No tuvo tiempo para que lo curaran, porque cuando regresó, no podía hablar, no podía decir lo le pasó, lo que vio.

Se dice que el *huay* chivo puede tener forma de gato, de cochino, de chivo, de chiva, que abren la tumba de los difuntos y dicen que los come. Pero de noche anda, no de día.

Isidro Uicab

Nuevo Durango, Quintana Roo



6. El viejito del cenote y las muchachas de la jarana

Hay un cuento muy antiguo, mi abuelo decía que en cierto lugar de Yucatán, no recuerdo el nombre de la ranhería, había dos hermanas que iban a la jarana —el baile tradicional de la península de Yucatán—, que no se perdían ninguna que estuviera cerca de su casa. A veces tenían que caminar en la noche ocho, diez kilómetros solo por ir a bailar. Sabían que iba a haber fiestas, se alistaban temprano y ¡vámonos!, regresaban al día siguiente. Así pasaban los años. En una ocasión no aguantaron la fiesta y regresaron a casa antes de lo habitual, de la hora que regresaban. Iban caminando de madrugada, el camino que tomaban las obligaba a pasar por donde estaba un cenote, no había otra vereda para evitar que pasaran por el cenote. Entonces cuenta mi abuelito que supo de la otra hermana, que vieron un viejito sentado en el borde del cenote, en el muro, y ahí estaba sentado el viejo con su barba blanca, le llegaba hasta el suelo la barba. La hermana mayor llamó al viejito, le preguntó:

—¿Qué hace ahí a estas horas? ¿No ve que ya es tarde, qué no va a dormir?

En maya le preguntó así, la otra hermana no dijo nada, solo se quedó callada.



Entonces, al momento que la muchacha le habló al viejito, este se volteó y la vio, y justo cuando la miró a la muchacha le dio fiebre. Llegó a su casa con fiebre, dolor de cabeza, ya no se pudo levantar. Antes de que amaneciera ya estaba muerta. La otra muchacha, la hermanita que la acompañaba, se quedó sin voz, se le fue el habla, por más que le preguntaban sus papás qué le pasó a su hermana, ella no podía hablar, se lo calló, no hablaba para nada, así que no dijo nada. Así pasaron los años.

A la vuelta de tres años, recuperó su voz; tanto le insistieron que entonces la muchacha platicó lo que vieron: contó de la persona que vieron en el cenote, lo que su hermana le había dicho al viejito y lo que ocurrió en ese momento, lo de la fiebre y el dolor de cabeza. En cuanto terminó de contar, la hermana también cayó enferma, al poco tiempo murió. La madre no sabía qué había pasado con su primera hija hasta que la segunda lo contó. Pero cuando la hermana dijo lo que vieron, también ella se fue, ya habían pasado tres años.

Dicen que si hubiera callado así como calló al momento, iba a ser curandera, pero como lo platicó, pues le quitaron hasta la vida. Entonces por eso supieron que vieron al viejito, por eso lo supo mi abuelito y por eso lo contaba.

Arsenio Hau

Nuevo Durango, Quintana Roo



7. Chaay kaan

La víbora esa que vive dentro de la madera se llaman, es una víbora bien verde verde, da miedo esa víbora. Dicen los abuelitos que esa víbora, cuando tienes una planta cerca de tu casa, y si tu esposa dio a luz, tienes que tener mucho cuidado porque esa víbora es posible que llegue a venir a tu casa, a la hamaca y meterle la colita en la boca al bebé. Mi esposa me dice:

—Tú eres bien incrédulo, no crees nada.

Hasta que me pasó con mi primer bebé, como a los tres días que llegó, chiquitito, chiquitito mi bebé, en ese entonces había pasado el huracán, la casa era de palma, tenía techo de palma, pero de material la construcción de abajo, como a los tres días entré en mi casa y mi esposa estaba en la cocina, entonces escucho encima del techo de la casa: pa, pa, pa. Le pegaban así al techo y digo: “Ah, ¿qué carajo será?”:

—Ah, ¡chamacos no estén tirando piedra allá, van a hacerle un hoyo al huano!

Así le llamamos a la palma. Y otra vez, otra vez, otra vez, y digo:

—Chamacos, ¿que están haciendo?



Salí entonces aquí en la parte de atrás y vi que era una de esas víboras que estaba tirando a romper el huano para entrar. Y, ¡hombre!, sí me dio mucho miedo, porque esas víboras son muy largas. Cuando se voltió a verme hizo: ¡shhhh! Se lanzó del techo como un látigo, ¡bien bonito cayó! Desapareció la víbora. No sé, me dio mucho miedo y le platiqué a mi mamá, me dice:

—Sí, tengan mucho cuidado, porque ellos...

Bueno, me contó lo mismo, que así son, que cuando escuchan que hay un bebé, entran en la casa para criarlo, con la cola así se lo meten en la boca. Eso dicen ellos, y ese día yo sí lo creí, hasta le dije a mi esposa:

—¿Sabes qué?, debes de cerrar muy bien la puerta.



Como a los cuatro meses otra vez llegué, siempre meto mi bicicleta dentro de la casa. Cuando la levanté, quise agarrarla para darle vuelta, ¡nombre!, escucho ¡pac, pac!, pegaba el rayo de la bicicleta, y volteo a la llanta, ahí estaba enredada una tremenda víbora de esas otra vez dentro de la casa, y me dio mucho miedo, le digo:

—Hay que tener mucho cuidado, hay que cerrarle, porque estos animales.

Estaba en casa mi mamá, entonces le dije:

—Otra víbora.

—Mátalo.

Le dije:

—No, déjalo.

No lo maté, lo agarré, le empecé a tirar con la escoba, la empujé, salió; cuando apenas se asentó en la tierra, como bala se fue:

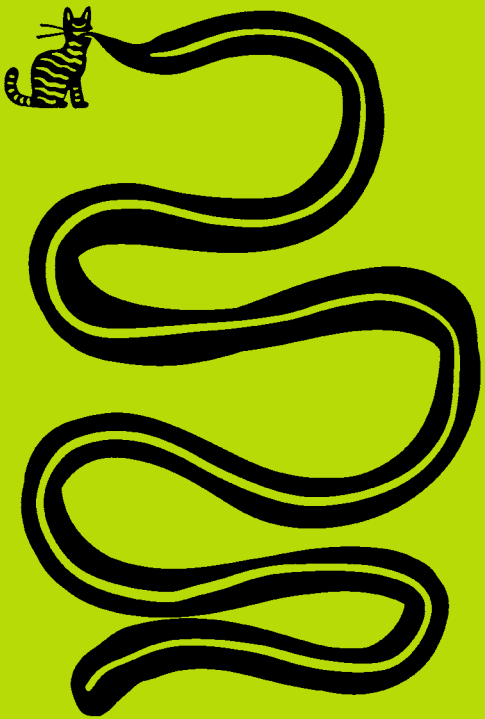
—¿Sabes qué?, le digo, no regreses, porque si regresas la próxima te voy a machetear, le digo.

Y hasta hoy, crecieron ya mis cuatro hijos, nunca he visto otra vez esa víbora.

Manuel Trinidad

Nuevo Durango, Quintana Roo





En los selváticos paisajes de Quintana Roo, entre ceibas, cenotes y chicles, se mueven algunas presencias misteriosas, espíritus, fantasmas quizá, que en forma de animales o voces suelen llevar a sus pobladores a fatídicos desenlaces si los encuentran desprevenidos. Así nos es narrado en este libro, a través de la reescritura de Berenice Granados, por los pobladores de Nuevo Durango, Cobá y Punta Larga. En estos relatos podemos apreciar cómo los personajes del *huay*, la Xtabay, Chaay kaan y el diablo manifiestan los peligros que la selva oculta, a la vez que denotan los ecos de un pasado mágico en el imaginario de estas comunidades mayas.



ESCUELA
NACIONAL
de ESTUDIOS
SUPERIORES
UNIDAD MORELIA

LAN
ME [Editorial]



CONACYT
Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología

